

*Día 10 de abril de 2020. Viernes Santo
Oración de la mañana*

1. Nos ponemos en la presencia del Señor.
2. Rezamos, si tenemos en casa el Breviario o la aplicación de internet, la oración de Laudes o, en su defecto, la Hora Intermedia correspondiente.
3. Meditación:

AL PIE DE LA CRUZ

1. Introducción

Te pedimos, Señor, que nuestra oración participe de tu oración en el huerto de Getsemaní y en la cruz, de la de María al pie de la cruz, de la del ladrón que se ofrece a Jesús y ve su vida salvada por la misericordia de Dios.

Esta oración no es únicamente por nosotros, es por toda la Iglesia, por toda la humanidad y, especialmente, por todas aquellas personas a quienes les cuesta ver en su vida el signo de la redención. Concédenos ser, para todos, una ayuda, un apoyo, un momento de luz en estos momentos de tanto sufrimiento e incertidumbre.

Concédenos sentir -como el ladrón en la cruz- que somos amados, comprendidos, perdonados, y que todos estamos llamados a participar de la misteriosa maternidad de María junto a la cruz.

Te lo pedimos, Padre, por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Viernes Santo

«Este cáliz apártalo de mí.
Pero si es necesario ... »
Y el cáliz, de amargura necesaria,
fue llevado a la boca, fue bebido.
La boca, todo el cuerpo,
el alma del más puro
aceptaron el mal sin resistencia,
y el mal era injusticia,
dolor
-un dolor infligido
con burla-
y sangre derramada.
Todo era necesario
para asumir aquella hombría atroz.
Era el Hijo del hombre.
Hijo con sus apuros, sus congojas,
porque el Padre está lejos o invisible,
y le deja ser hombre, criatura
de aflicción y gozo,
de viernes y de sábado
sobre cuevas y cuevas.
¿Por qué le abandonaste si es tu Hijo?

Y los cielos se nublan,
 la tierra se conmueve,
 hay fragor indignado:
 todo ve la injusticia. ¿Necesaria?
 También sufren los justos que
 condenan el mal
 y rechazan su ayuda.
 Pero el Hijo del hombre sí la quiere.
 El es
 quien debe allí, sobre la cuesta
 humana,
 cargar con todo el peso de su
 hombría,
 entre los malos, colaboradores,
 frente a los justos que al horror se
 niegan.
 Culminación de crisis,
 a plenitud alzada.
 Esta vida suprema exige muerte.
 Ha de morir el Hijo.
 Tiene que ser el hombre más
 humano.
 También
 los minutos serenos transcurrieron:
 hubo días hermosos con parábolas.
 Es viernes hoy con sangre:
 sangre que a la verdad ya desemboca.
 Y entonces ...
 Gemido clamoroso de final.
 Un centurión ya entiende.
 Lloran las tres Marías. Hombre sacro.
 La Cruz.

Jorge Guillen

2. Contemplación de la Palabra

Hay una persona que vive por entero la realidad de la redención junto a la cruz; y es María. Ella representa un tesoro inmenso para Jesús.

Al contemplar a la Virgen al pie de la cruz, recordamos cómo Dios la fue preparando para tanta fortaleza y fidelidad de tal manera que en el momento de la muerte de su Hijo es asociada a la obra de la redención.

Partiendo de un texto de la constitución *Lumen Gentium* del II Concilio del Vaticano (cf. 58), donde se dice que «la Santísima Virgen avanzó en la peregrinación de la fe y progresó en esta peregrinación», le invito a contemplar a María en las grandes etapas de su existencia para ver en ellas la mano de Dios que la preparó para ser la madre de Nuestro Señor.

Contemplemos a María en la estampa evangélica de la Anunciación. Cuando la saluda el ángel, «ella se turbó por estas palabras» (Lc 1,29). Es el primer encuentro de María con el mundo nuevo de Dios. En la lengua original griega se emplea el vocablo *dietaráchthe*, «quedó

turbada», es una palabra muy fuerte y nos asombra que san Lucas la haya usado en esta ocasión. Veamos el uso de esta palabra en otras ocasiones. Es la misma palabra que se emplea, por ejemplo, en Mt 2,3: «Toda Jerusalén se sobresaltó con el rey Herodes» (Herodes se turbó por la noticia de los Magos); o bien en Lc 1,12: «Zacarías se sobresaltó interiormente» por la aparición del ángel; o también en Mt 14,26, donde leemos que, cuando Jesús camina sobre las aguas, los discípulos se sobrecogen. Así pues, María experimentó también esta turbación inicial: ¿a dónde me quiere llevar Dios, qué sucederá? Es una turbación lógica ante el plan de Dios que siempre nos sobrepasa.

María, como muchos de nosotros, estaba habituada a orar, había sido educada como una mujer piadosa y buena, conocía la Biblia. Ahora sus planes cambian y siente que Dios tiene otro plan para ella. Tiene que cambiar su mente y su vida --como le sucedió a Abrahán-- y confiar en el “Dios de lo imposible”.

A partir del sí de la Anunciación comienza su educación para ese plan divino que, en parte, será según sus expectativas y, en parte, contra sus expectativas. Ambos aspectos se encuentran subrayados en el resto del *Evangelio de Lucas* allí donde se habla de María. Se subraya la perfecta consonancia entre María y el plan de Dios, tanto cuando la Virgen le responde al ángel (Lc 1,38) como cuando Isabel le dice: «¿De dónde a mí que venga a verme la madre de mi Señor?». Estamos en plena sintonía con el plan de Dios, estamos en el entusiasmo, en la alegría por lo que Dios ha propuesto y por lo que se vive. María vive el primer entusiasmo de la respuesta a la llamada, siente que todo marcha a toda vela, como el Señor le había hecho entrever, y se dispone, por tanto, con un gran corazón a aceptar el designio de Dios sobre ella.

Pero el Evangelio hace notar que pronto comienzan para María los que se pueden llamar «años oscuros». San Lucas lo subraya en varias ocasiones, ya sea cuando -en la visita a Jerusalén- se le dice que su corazón será traspasado por una espada, ya sea cuando -en la respuesta de Jesús en el Templo- ella ya no comprende qué está sucediendo: «Cuando lo vieron, quedaron sorprendidos y su madre le dijo: “Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando”» (Lc 2,48), y el evangelista añade: «Pero ellos no comprendieron la respuesta que les dio». Es interesante observar cómo esta frase: «Pero ellos no comprendieron la respuesta que les dio», es la frase que se recoge en las predicciones de la pasión, cuando los apóstoles no comprenden las palabras de Jesús sobre la cruz y la resurrección: «Pero ellos no entendían lo que les decía; les estaba velado su sentido». También María, pues, entra en esta oscuridad, comprende y no comprende el plan de Dios, se adhiere a él íntimamente, pasa al fondo del corazón (está siempre en perfecta adhesión de fe, su totalidad de adhesión no se resquebraja), pero tiene que aceptar que es distinto de lo que, como madre, habría podido imaginar: una madre, evidentemente, desea para su hijo éxito, logros, un cierto resultado.

En el corazón de María tiene lugar una expropiación gradual -toda madre quiere poseer a su hijo-; más aún, siente la tentación del afán de posesión, de hacer que realice su propio ideal.

En la vida pública de Jesús hay signos claros por medio de los cuales el Maestro afirma la libertad de su designio frente a cualquier deseo -aun cuando sea hipotético- de sus padres sobre él. Por ejemplo, cuando llegan sus parientes y ni siquiera quiere recibirlos, o cuando lo alaban: «¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!», responde: «Dichosos más bien los que oyen la palabra de Dios» (Lc 11,27-28).

La bienaventuranza de María es, por tanto, la de aceptar e identificarse por completo al plan divino. Ciertamente no podemos pensar que Jesús no amara a su madre: si Jesús siente las lágrimas de la mujer que ha perdido a su hijo (Lc 7,13), quiere decir que ama inmensamente a su madre, pero, justamente porque la ama, pone claramente en primer plano su misión que, no es otra, que hacer la voluntad del Padre.

3. Imitamos a la Virgen María como discípulos de Jesús

María siguió a su Hijo hasta la cruz –nos lo dice el mismo Lucas- y Juan nos presenta la escena completa, refiriendo las palabras que Jesús le dirigió.

Tratemos de identificarnos, en la oración, adorando en silencio al Señor crucificado, y preguntando qué sucede en ese momento en el ánimo de María, qué habría querido como madre. Creo que es sencillo decir que, como madre, habría querido morir por su hijo, habría querido dar ella la vida, habría querido impedir a toda costa que sucediese esto y, en cambio, el Señor la educa para aceptar de manera misteriosa, profunda, el designio por el cual es Jesús, el Salvador, quien representa la perfección del Amor del Padre.

María vive aquí el culmen dramático de su vida, la verdadera expropiación del Hijo que ella entrega al Padre por la humanidad. ¿Qué representa, pues, la Virgen en este vértice de su camino de fe y de adhesión a la voluntad de Dios? Representa a la humanidad, a la Iglesia. Habiendo seguido totalmente el plan de Dios, habiéndolo acogido plenamente en ella misma, y habiendo llegado a esa expropiación de fe -a la que había sido llamado Abrahán-, recibe, como don, la plenitud de la Iglesia. Precisamente porque se puso toda ella en manos de Dios y se abandonó con todo lo que más quería, su Hijo, recibe de Dios lo que Dios más quiere, el cuerpo del Hijo que vivirá en la Iglesia que nace de la pasión, muerte y resurrección de Jesús.

Aquí es donde debemos enraizar nuestro amor a la Madre del Señor. Si perdemos de vista el camino de fe de María, no tendremos ya la capacidad de comprender cómo Dios nos ha salvado concretamente, en Jesús dándonos a María, para que en ella tuviera comienzo la Iglesia.

Estas verdades se pueden vivir, claro está, de muchas maneras: con la devoción popular cristiana, con formas más silenciosas o más clamorosas. Siempre que en la Iglesia se instaure un verdadero sentido de la presencia de María, se nota que la vida cristiana se renueva: hay vigor, serenidad, soltura, vivacidad, precisamente porque somos llevados a los misterios fundamentales de la redención.

Pidamos al Señor que nos conceda ser capaces de comprender de verdad los misterios de Dios en nuestra vida; podemos hacerlo con el rosario, con otras formas de devoción mariana que podemos vivir nosotros en primera persona y hacer vivir a los demás, con una contemplación de los misterios de María en el Evangelio. Pero ciertamente la presencia de la Virgen tiene un influjo misterioso y saludable para ayudarnos a profundizar en el sentido de la redención.

Perseveremos en oración, junto a la cruz, contemplando el corazón de María:

Dame tu mano, María,
la de las tocas moradas.
Clávame tus siete espadas
en esta carne baldía.
Quiero ir contigo en la impía
tarde negra y amarilla.
Aquí en mi torpe mejilla
quiero ver si se retrata
esa lividez de plata,
esa lágrima que brilla.
Déjame que te restañe
ese llanto cristalino,

y a la vera del camino
permite que te acompañe.
Deja que en lágrimas bañe
la orla negra de tu manto
a los pies del árbol santo
donde tu fruto se mustia.
Capitana de la angustia:
no quiero que sufras tanto.

Qué lejos, Madre, la cuna
y tus gozos de Belén:
-No, mi Niño, no, no hay quien
de mis brazos te desuna.
y rayos tibios de luna
le acariciaban la piel
sin despertarle. Qué larga
es la distancia y qué amarga
de Jesús muerto a Emanuel.

¿Dónde está ya el mediodía
luminosos en que Gabriel
desde el marco del dintel
te saludó: - Ave, María?
Virgen ya de la agonía,
tu Hijo es el que cruza ahí.
Déjame hacer junto a ti
ese agosto itinerario.
Para ir al monte Calvario,
cítame en Getsemaní.

A ti, doncella graciosa,
hoy maestra de dolores,
playa de los pecadores,
nido en que el alma reposa.
A ti ofrezco, pulcra rosa,
las jornadas de esta vía,
a ti, Madre, a quien quería
cumplir mi humilde promesa.
A ti, celestial princesa,
Virgen sagrada María

Gerardo Diego

4. Rezamos la oración del Ángelus.